

TURISMO DEL ALTO ARAGÓN

PEREGRINACIÓN ARTÍSTICA A ALQUÉZAR³⁸

Como oportunamente anunciamos en estas columnas, la sociedad de turismo que hace algún tiempo se constituyó en Huesca con el entusiasmo de todos los amantes de las bellezas de nuestra provincia realizó la primera de sus excursiones artísticas, escogiendo como objetivo del *début* —buen acierto tuvo en la elección don Máximo Escuer— el castillo colegiata de Alquézar.

«Turismo del Alto Aragón», la agrupación necesaria en una ciudad donde por fortuna son tantos los amadores de las bellezas naturales y arqueológicas de nuestra provincia, ha comenzado a mostrarnos en esta forma toda la noble eficacia de su actuación. La excursión, que constituyó un buen éxito de organización, debe ser punto de partida para posteriores empresas, seguros de que en esta forma se ha de destruir la falsa leyenda de nuestra pasividad cuando de apreciar en su legítimo valor nuestros monumentos arqueológicos se trata.

Los excursionistas salieron a las ocho de la mañana en un amplio y cómodo autobús. Eran, si mal no recordamos, el presidente de «Turismo», don Máximo Escuer; don Ramón Durán, don Antonio Pie, don Isidro Nogués y don Feliciano Llanas, acompañados de sus respectivas esposas; el celoso y competente secretario de la entidad organizadora, don Rodolfo Albasini; don Vicente Cajal, don José Gaspar, don Juan Pie, don Octavio Rin, don Ildefonso y don José María San Agustín, don Blas Oliet, don Ricardo Compairé, don Carmelo y don Jesús Pérez, don Gregorio Barrió, don Nicolás Viñua-

38 Publicado en *La Tierra* [Huesca] (26 de mayo de 1922).

les, don José Atarés, don José Lalaguna y don José Cardús. No será preciso advertir, porque el lector lo habrá observado ya, que entre los expedicionarios abundaban los virtuosos del objetivo y del estereoscopio, deseosos de aumentar sus colecciones con fotografías de Alquézar.

Al llegar a la carretera de Alquézar, en el punto de derivación de la de Barbastro, se procedió con el auxilio de los camineros a fijar un rótulo indicador de la ruta que los turistas deben seguir para visitar la colegiata. Este momento, sorprendido por varios fotógrafos, lo reproducimos gráficamente merced a la amabilidad de Rodolfo Albasini, que nos facilitó la prueba. El poste, así como el letrero, pintado con buen gusto sobre una plancha de hierro, son debidos a la generosidad del entusiasta socio de «Turismo» don Vicente Cajal, que ya hubo de «plantar» otra prueba análoga de desprendimiento en las proximidades de San Juan de la Peña.

A media mañana llegamos a Alquézar, con tiempo suficiente para ver todo lo visible antes de comer, siquiera fuera superficialmente. Así nos haríamos una orientación general para aprovechar mejor el tiempo por la tarde, curioseando ya sobre bases firmes. Esto era preciso en un museo —no hay impropiedad en el término— en el que forzosamente hay que prescindir del índice.

Saludamos al culto párroco don Rafael Ayerbe, incansable en el ejercicio de su exquisita amabilidad, que facilitó la labor de los excursionistas, satisfaciendo con sus interesantes explicaciones y comentarios nuestra insaciable curiosidad.

También estrechamos la mano al joven coadjutor don José María López Constante, al sargento de la benemérita don Ramón Salvador Vázquez y al guardia del mismo Cuerpo don Antonio Lanuza Álvarez-Cienfuegos, todos ellos abrumadores con sus solicitudes.

Camino de la colegiata atravesamos el pueblo. Sus callejas, tortuosas, sus pasadizos prolongados y oscuros, los edificios de traza huraña, recatándose de la luz, nos dicen que se conserva en toda su pureza la esencia del estilo en

que soñaran los alarifes, cuando allá, en el lejano siglo XIII, comenzaron a edificar junto a los exedras de la fortaleza.

Hay profusión de detalles mudéjares en la pintoresca fábrica de las grandes crujiás sin una ventana, mostrando a veces, por rara casualidad, la maravilla de un viejo ajimez.

La plaza mayor, rodeada de soportales irregulares, es de una belleza extraordinaria. A ella van a parar todas las calles, que se ramifican por la villa, a semejanza del *forum* de los romanos (Ricardo del Arco, *El castillo-abadía de Alquézar*, Madrid, 1922, pág. 4). La calle que, partiendo de ella, se dirige a la rampa que da acceso a la colegiata (hoy abadía) es de una originalidad y de una pureza de estilo que disculparía las fantasías del acuarelómano más desequilibrado. Un bello rincón de leyenda animado como el resto del pueblo por un matiz evocador de ciudad musulmana.

Cuando llegamos al pie de los muros de la colegiata nos hemos convencido de que acabamos de atravesar una villa «de época», construida por poetas en lugar de arquitectos. Ni un edificio que desentone con la discordancia de las edificaciones modernas, ni una calle pavimentada con arreglo a las normas nuevas; canto rodado, ladrillo y sillería pero todo cubierto por el velo plumizo que pusieron los siglos, pátina ennoblecedora de ancianidad. Una luz velada, un sol que difícilmente consigue en los ardores del mediodía iluminar los escudos señoriales de los frontis y un suave aroma de narración romántica que se empeñan en recoger los fotógrafos buscando temibles contraluces.

De cuanto vimos en la colegiata, después de salvar fatigosamente una pronunciada rampa y ascender por entre muros a la gran planicie del castillo, habremos de hacer tan sólo una somera descripción periodística a vuela pluma y aun sin referirnos más que a aquellas joyas artísticas que más interesaron nuestra sensibilidad. No está dentro de nuestros arreos, muy escasos, señalar épocas o estilos y menos hacer consideraciones históricas. Esta dificultosa labor de estudio y de investigación la ha llevado a cabo con la brillantez que

caracteriza todos sus trabajos don Ricardo del Arco. Remitimos al lector curioso al opúsculo citado anteriormente de este autor, en el que hace una descripción prolija de cuantos tesoros se encierran en Alquézar, complementada con deducciones históricas muy curiosas.

Asesorados por el señor Ayerbe vimos detenidamente el claustro con sus interesantísimas pinturas murales y cuatro hermosos capiteles románicos bien conservados. Esto, la capilla de San Fabián y la estructura de las columnatas, que datan del siglo XI, es lo verdaderamente interesante, sin olvidar la admirable ojiva que da acceso al templo.

La iglesia, espaciosa y muy bien cuidada, presenta en el lugar preferente el retablo mayor esculpido en madera policromada, de una magnificencia poco corriente.

En las capillas de San Juan, San Nicostrato, de la Virgen del Rosario, de los santos Cosme y Damián y en la de Lecina hay pinturas muy interesantes entre las que destacan algunas tablitas pintadas de modo irreprochable.

Un magnífico San Pablo magistralmente inspirado y trazado, varios curiosos bronce y un lienzo, este último de la factura de Murillo, muy repintado, conquistaron nuestro ingenuo entusiasmo de modestos amadores.

Para no cansar al lector con la sucinta exposición de cuanto se encierra en la sacristía y recogiendo con toda propiedad la impresión sintetizada de cuanto allí vimos, diremos que pudimos admirar todo un tesoro de arte. Suponga bajo este concepto el que leyere las varias modalidades del arte y religioso en toda su magnificencia y comenzará a formarse una idea aproximada.

Los fotógrafos invadieron el templo y plantaron sus trípodes en el púlpito, en el coro, junto al órgano, en las capillas. Una verdadera plaga. Impresionaron sus placas con exposiciones de veinte y treinta minutos y se desesperaban cuando atravesaba alguno la amplia nave conmoviendo el entarimado con grave peligro de la mejor quietud de los objetivos. Dominados por el frenesí de la producción enfoca-

ban con aire sacramental y parecían, en la penumbra de las capillas, silenciosos y rígidos, aguardando pacientemente que se impresionara la placa, graves estatuas orantes.

Después, visto detenidamente cuanto había que ver, descendimos del castillo y nos dirigimos al domicilio del señor Ayerbe, donde se había dispuesto el condumio.

El menú respondió admirablemente a las esperanzas que habían concebido los estómagos —¡oh, manes de Helio-gábalo— con una paella sucedida de varios guisos de carne, todo amenizado con variados entremeses y rociado con buenos vinos del país. Pusieron remate a la refacción exquisitos postres de fresas, naranjas, plátanos y dulces, y se coronó el ágape con café, licores y cigarros.

Ayudó a servir la mesa la bella señorita Josefina Ayerbe, sobrina del señor párroco.

Reinó en la sobremesa un derroche de alegría y buen humor, a cargo, en su mayor parte, del ingenio siempre lozano de don José Gaspar.

Y aceptando las razones profesionales que daban los fotógrafos hubimos de iniciar la desbandada. Mientras unos volvían a la colegiata los demás se desparramaban por el laberinto pintoresco de las calles. Los fotógrafos se trasladaban de aquí para allá con el trípode bajo el brazo embriagados por el vértigo de las instantáneas, procurando en una simpática competencia de *amateurs* que nadie aprovechara el descubrimiento de *un efecto* encontrado después de no pocas cavilaciones.

Fue entonces cuando hubimos de rendir nuestra galantería ante la muy gentil señorita Cristeta López, una de las más valiosas joyas de Alquézar y no precisamente en el sentido arqueológico. Si Zuloaga la hubiera visto en su remota visita a la colegiata como nosotros la vimos, sirviendo de primer término a una calle angosta, arcaica, llena de paz y adormecida en un sueño de muchos siglos, hubiera hecho un cuadro que titulara «La Venus del Vero». Sus ojos —extraños ojos «de color de uva»— nos remercieron con una mirada la

ofrenda de una flor que hubimos de robar de uno de los búcaros de la mesa.

Muy avanzada la tarde se organizó el retorno. Después de mil saludos cordiales de despedida nos pusimos en marcha.

Frente a Adahuesca hubimos de detenernos para recoger a don Ángel Portolés y ver de paso la villa de las famosas mártires. Visitamos la iglesia, donde pudimos admirar notables pinturas y una tabla interesantísima, en la que aparecen las santas Nunilo y Alodia, que de modo tan galano y laberíntico biografiara el cronista de Ribagorza don Joaquín Manuel de Moner y de Siscar.

Saludamos al culto farmacéutico señor Rodellar, y cuando ya comenzaba a anochecer abandonamos la villa y ocupamos de nuevo el automóvil, recordando aquellos versos que el citado cronista recoge en su biografía y dedica a las dos santas, orgullo y veneración de la comarca:

«Hermosas flores de fragancia pura.
¿Qué diamante copió vuestra hermosura?
Oasis parecéis por el consuelo,
estrellas de la mar, flores del Cielo».